

LA «CONTAMINACIÓN» DE LAS «CATEGORÍAS»

(Problema teórico-didáctico de la historia de la Filosofía y de la Filosofía sistemática)

Pretendo esbozar tres temas escalonados que son los siguientes: 1) Una delimitación mínima de lo que entiendo por «contaminación» de las categorías filosóficas. 2) Ejemplificar tal «contaminación» mediante dos casos —dos acontecimientos de la historia cultural que guardan alguna secreta vinculación entre sí—; estos dos *kairos* son: la primera formulación vacilante del judeo-cristianismo en el vaciado de categorías griegas y la formulación, vacilante también, del idealismo alemán referida a la lectura de Kant. 3) Una vez caracterizados el fenómeno «contaminación» y los dos ejemplos, sugeriré las consecuencias didácticas, tal como éstas se plantean en la historia de la Filosofía y, especialmente, en la filosofía sistemática. (Ateniéndome a las restricciones de una comunicación trataré las tres cuestiones *per modum unius*).

Intención y categoría (sistema)

Al caracterizar la impureza, a mi juicio, constitutiva de las categorías filosóficas, evito resueltamente la paralela purificación terminológica del lenguaje filosófico con la que la corriente analítica opera desde presupuestos propios —véase el estudio de Victoria Camps, *Pragmática del lenguaje y filosofía analítica* y el esfuerzo dialogante de la filosofía usual en P. Ricoeur, *Le conflit des interprétations* y *La métaphore vive*—. Evito, también, el obligado ascendente histórico-lingüístico que la palabra griega *kategoria* entraña (P. Chantraine, *Dictionnaire etymologique de la langue grecque*, artículos: *ageiró - agora*) y la interesante vinculación institucional del término en Vernant: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Evito, por último, el enraizamiento del «decir» en el pensar y en el ser —la cuestión decisiva en el lenguaje categorial si atendemos la advertencia reiterada de Aristóteles, Hegel o Heidegger. ¿Qué entiendo aquí por categoría? A. Lalande en su *Vocabulaire technique et historique de la philosophie* da, en el apartado «c» del término, la siguiente acepción que yo asumo: «De manera menos técnica, se entiende por categorías los conceptos generales a los que un

espíritu (o un grupo de espíritus) acostumbra a referir sus pensamientos y sus juicios». Podríamos retraducir así la acepción de Lalande, integrándola en el vasto abanico de lo que es o haya sido el filosofar. Cualquier filósofo —Fichte lo explicitó temáticamente en la *Teoría de la ciencia*— pretende adecuar su conciencia espontánea a conciencia reflexiva. La conciencia espontánea refleja la «intención» del filósofo —*demarche* o *recherche* la llama el historiador francés de la filosofía, F. Alquié, en *Signification de la terminaciones psicológico-sociales*, con su determinación histórica. La «conciencia reflexiva» (los «conceptos generales» de Lalande) la refiere Alquié, en la obra citada, a la dimensión sistemática del filosofar. Advirtamos que la formulación reflexiva no es en modo alguno una pertenencia precisamente gnoseológica; sólo en la perspectiva neokantiana (Cassirer, *El problema del conocimiento*), pudo plantearse una gnoseología contradistinguible de la ontología. Por lo tanto, la «formulación» de la intención es indiscriminadamente, en cuanto tal, gnoseológica y óntica. Afirmar lo contrario supondría el predeterminar una restricción «tal o cual» de la actividad formuladora. Hasta aquí he distinguido entre la intención o centro referencial de cualquier filosofía y su entramado o formulación coherente, el momento pre-categorial y su correlativo momento categorial que especificará un mismo acto, el filosofar sin más.

Decisión e indecisión categoriales

Avancemos un paso más. Cuando el filósofo autoformula su intención inaugurando el sistema —éste podrá ser variablemente abierto o cerrado (F. Alquié *op. cit.* y mi *Introducción a los filósofos, creencias o sistemas Kant/Hegel*)—, utiliza para sus fines un instrumento o una formulación *in facto esse*, un repertorio categorial que resulta de otras intenciones pertenecientes ya al acervo cultural. (Algo análogo le acontece al músico que formaliza su intención ayudándose con estructuras musicales fruto de épocas e in-

tenciones lejanas). Pues bien, llamo «contaminación categorial» a ese hecho elemental indispensable de elaborar nuevos lenguajes a partir de lenguajes preexistentes. Este hecho, al parecer irrelevante, si se elide, puede engendrar la ilusión de un empleo unívoco —inevitablemente abstracto entonces— de las categorías filosóficas. (Ciertos manuales y la explicable simplificación de los diccionarios filosóficos suelen favorecer tal ilusión). Persigamos ese momento delicado, en el cual la intención original se ve obligada a una suerte de canje terminológico para el logro de su empeño; es decir, para su adecuación reflexiva. Obviamente, la nueva intención forcejeará con lenguajes inadecuados a su propósito; no tendrá más recurso que efectuar elecciones selectivas en los márgenes de indeterminación que el producto cultural, la tradición filosófica, conserva por un *plus* de riqueza. La historia de la Filosofía ofrece una información diáfana sobre el mecanismo de los trastrueques categoriales, tal como se dan en concreto. El filósofo original, fascinado por su intención —el escrito de Bergson, *L'intuition philosophique* resulta aquí pertinente—, suele ser daltónico respecto a las intenciones que le precedieron cuando efectúa el forcejeo mencionado. Así se explican las frecuentes «destrucciones de la historia de la Filosofía» anterior a la suya que los filósofos realizan una y otra vez, pretendiendo empezar *ab ovo*; piénsese en los casos contemporáneos de Heidegger y Russell —sus destrucciones de la historia filosófica—, por no hablar del torbellino, pintorescamente destructivo, de los «novísimos» de turno. Ya podemos concluir que esos «lapsus», perfectamente aceptables en el pensador original y menos, claro está, en el «variopinto», no podrá permitírseles el historiador o el profesor de Filosofía. Ellos lo considerarán, simplemente, como el envés negativo e ilustrador de toda aportación. Es decir, cabrá siempre, e incluso será obligatorio, el esfuerzo de confrontar las filosofías al nivel de sus intenciones, pese a su dificultad y precario logro.

Sin embargo, mi interés en este artículo se centra en otros asuntos. Atiendo en cámara lenta al forcejeo señalado entre la in-

tención y los lenguajes productos; aquello que la intención reasume en vistas a elaborar un nuevo producto. Caben en el forcejeo —que calificamos de momento provisionalmente sincrético— varias posibilidades.

Una intención original puede permanecer «indecisa» frente al material rebelde que le cierra el paso. Diremos que la formulación resultante será, entonces, equívoca e incluso contradictoria respecto a su intención; el conjunto «indeciso» podrá a pesar de todo, ser espléndido. Orígenes, en *Acerca de los principios*, no resuelve satisfactoriamente, a efectos categoriales, el conflicto subyacente entre dos «intenciones» irreductibles: el ciclo griego y la historia judeo-cristiana. Sin embargo, el proyecto de Orígenes o el cuadro origenista, que la patrística bizantina depuraré, puede antojársenos una grandiosa creación intelectual. Algo análogo nos sugiere la génesis vacilante de la formulación agustiniana —su intención cristiana—, soslayada por Manes y Plotino (véase el clásico libro de J. Guitton, *Le temps et l'éternité chez Plotin et Saint Agustín* o, complementariamente, el discutible estudio de Alfarié sobre la formación del pensamiento agustiniano). Por el contrario, si esperamos resultados categoriales más satisfactorios, admiraremos los edificios conceptuales de Máximo el confesor o de Tomás de Aquino: decisiones más elaboradas del material extraño asumido. Ambos autores doblan su actividad creadora con otra, previa, de comentarios exegéticos sobre la tradición.

A la distinción primera: intención-determinación o momento precategoryal e instancia categorial, se añade, en la formulación categorial, una distinción adicional: grado, mayor o menor, de indecisión o decisión categorial a partir, siempre, de un provisional momento sincrético. Categorías o términos neutros: «forma», «materia», «relación», «posibilidad» adquieren nuevo sabor —reflejo de la intención sobre los términos— y nueva significación —«contaminación» más o menos cuajada o lograda de la nueva formulación—. En los grandes sistemas categoriales, ese momento intermedio podrá parecerse ya inexistente, pero no es así si esperamos atentamente las emergencias inter-

mitentes de la intención y las huellas, no enteramente borradas, de los desplazamientos categoriales efectuados. (A. Forest ha estudiado pacientemente este momento intermedio en la síntesis del tomismo; véase su obra, *La structure metaphysique du concret chez St. Tomás d'Aquin.*) Cabría, por lo tanto, un estudio de las categorías filosóficas considerando sus metamorfosis históricas. Cabría también, a la inversa, sorprender el trasfondo pre-categorial de las categorías; lo intenté parcialmente en otro estudio, *Rito, teatro, trascendental (aumento focal de una categoría)*. Y, también, estudiar correspondencias entre lógicas pre-categoriales —aquello que Levy-Bruhl llamó genéricamente «mentalidad mística o pre-lógica»— y las grandes construcciones categoriales. Basta citar los interesantes estudios de Simone Petrement. *Le dualisme dans l'histoire de la philosophie et des religions* o el trabajo paralelo de Sylvain Levi, *La doctrine du sacrifice dans les brahmanes*.

Los géneros mixtos

Un examen complementario de los géneros filosóficamente mixtos otorgará verificación indirecta a estas afirmaciones y —contrapartida obligada— los reconoceremos como estatuto filosófico. Dos ejemplos de géneros mixtos aclaran lo que por ellos entendemos y en qué sentido son referibles a la decisión o indecisión categoriales. En la fase primera del idealismo alemán, sobre todo en la usualmente llamada romántica, proliferan híbridos de excepcional interés, para entender la novedad de la intención idealista, que formulan sus grandes sistemáticos, Schelling y Hegel. Pienso en escritos imprescindibles como *Lucinda* de Schlegel, los *Monólogos* y *El discurso sobre la religión* de Schleiermacher o los fragmentos que Novalis agrupa bajo el significativo título de *Enciclopedia* (réplica clara a la enciclopedia ilustrada y anticipo de la de Hegel). Éstos escritos «populares» —así los califica J.F. Marquet en su estudio sobre Schelling, *Liberté et existence*— refractan en múltiples direcciones su materia intencional en estado «informe». Debemos distinguirlos de otros escritos «populares» de la misma época que brindan un

interés complementario. A título de ejemplo pertenecerían a este segundo tipo —no resulta fácil distinguirlos del grupo anterior— el género epistolar de Schiller o Jacobi. Más claramente, *El destino del hombre* de Fichte vulgariza eficazmente ante el gran público su intención educativo-filosófica, despojándola de todo tecnicismo. El autor logra así introducirnos en su intención, ahorrándonos el penoso esfuerzo que comporta la lectura de la *Teoría de la ciencia* correspondiente a ese breve escrito; mediante tal estrategia Fichte aísla la prueba de que su refundición de Kant no es en modo alguno indecisa; la explicita Fichte en la *Segunda introducción a la ciencia* de 1977, donde tematiza y motiva el desplazamiento de las categorías kantianas a las que su original intención le aboca.

Resumo: La «contaminación categorial» es una realidad o situación normal en el acontecer histórico de la Filosofía. Resulta más apreciable —escandalosa, incluso— en los grandes cambios culturales. La «contaminación» es un efecto inevitable del quehacer filosófico en cuanto que intención y sistema no se recubren, por una parte, y en cuanto el nuevo sistema se elabora a partir de elementos preexistentes que sume con mayor o menor decisión. Los géneros mixtos —éstos presentan otros problemas, de los que yo he destacado, por ejemplo, el incitante tema de los géneros literarios en filosofía— lanzan una luz indirecta sobre el asunto. Conclusión provisional. Los grandes sistemas filosóficos, a pesar de la consistencia que les otorga su decisión categorial —hablo de consistencia en sentido amplio— presentan una estructural «impureza» categorial. Tal afirmación no pretende en modo alguno subestimar los sistemas. Se limita meramente a una constatación: sin recurrir a las instancias exteriores de la filosofía analítica, a legítimos sondeos arqueológicos pre-categoriales (modelo francés), filológicos (Heidegger), retórico-hermenéuticos (Gadamer y Ricoeur), «desde el punto de vista de la Filosofía académica», el estado «impuro» se acepta tranquilamente. Es el precio de toda creación y que la didáctica filosófica debe tener también presente.

Joaquín Maristany del Rayo